

LAS LÁGRIMAS DEL CERDO TRUFERO

FERNANDO A. FLORES

LAS LÁGRIMAS DEL CERDO TRUFERO

Traducción del inglés de
Marta Díaz Rodríguez



¿Qué hará usted, don Nicanor,
en un cielo sin caballos ni envido,
retruco y flor?

—JORGE LUIS BORGES—

PARTE I

UNO

Bellacosa caminó con cuidado sobre los tablones podridos, sin la certeza de que esa fuese la choza en la que había llegado al mundo. Le faltaba el tejado, y al mirar hacia arriba vio el cielo de aluminio. No se había derrumbado, por lo que se imaginó que algún céfiro del Sur de Texas se lo habría llevado al galope. Dio un pisotón y un fino polvo naranja se elevó como un fantasma a su imagen y semejanza, ávido por bailar o jugar a las cartas, y después cayó y se coló entre las rendijas. Encendió un cigarrillo de la marca Herzegovina Flor y, percatándose de que se había ensuciado los zapatos de vestir Wingham de rodilla de avestruz auténtica, murmuró:

—Aquí hay alguien que no está haciendo su trabajo.

Intentó imaginarse el aspecto que habría tenido aquel lugar décadas atrás: dónde había dado a luz su madre, cómo era la partera que la apremiaba, dónde esperaba su padre estrujando el sombrero. La choza era pequeña, tal como había imaginado. No sabía muy bien por qué, pero pensó que no iba a tener suelo. Los tablones lo sorprendieron.

Cruzó el umbral como quien emerge de unas arenas movedizas y acabó de fumarse el Herzegovina Flor junto a su viejo Jeep, admirando la estructura hueca sobre los campos de cultivo secos y estériles. El cielo no se veía igual que desde el interior. Daba la impresión de que no hubiese pasado el tiempo por la choza, de que las

habitaciones donde nacemos nos siguen dando a luz para siempre. Estaba saliendo el sol. Era un amanecer que ningún gallo anunciaba en la parte del Sur de Texas donde ningún animal bostezaba.

El viejo Jeep aceleró por la carretera militar en desuso, más vieja incluso que él. Tenía uno de esos estéreos con botones y aguja, que le cantó suavemente un corrido: «*Y llegaron noviembre, y diciembre, y enero, febrero, marzo, y abril*».¹

Ahora dudaba de que esa hubiese sido la choza, y cuando el asfalto llegó a su fin y el viejo Jeep entró en la carretera polvorienta, redujo la velocidad y se sintió extrañamente aliviado porque su lugar de nacimiento siguiese siendo un misterio para él.

Unos días antes, cuando se enteró de que tenía que conducir hasta el condado de Calantula, Bellacosa fue a la oficina del registro a por una copia de su certificado de nacimiento. Sus padres habían sido trabajadores migrantes y él era el único de sus dos hijos que había nacido en Estados Unidos, por lo que se sentía agradecido. Aunque siempre había sido más pobre que su hermano Oswaldo, que vivía en México, él podía cruzar la frontera en ambos sentidos sin demasiados problemas, algo muy práctico para su trabajo. Bellacosa era un hombre viudo que intentaba saldar sus deudas, pero nunca había sentido que le faltase nada. Al contrario que mucha gente del Sur de Texas, había aprendido a no maldecir a Dios por sus problemas, por sus duras pérdidas. «Todos mis agravios y desgracias han sido solo míos», solía decir, «y es el espíritu divino el que me echa un cable de vez en cuando».

Bellacosa llegó a la propiedad de McMasters justo a tiempo, a las 7:30 de la mañana. Estacionó junto a un

¹ N. de la T.: Las partes que en el texto original, mayoritariamente en inglés, están escritas en español de México, se marcan en cursiva.

buzón del tamaño de una caseta de perro que había al borde de la finca, apagó el viejo Jeep y esperó a que desapareciese la nube de polvo del camino. Sabía que tendría que hablar con el indio araña que cuidaba las tierras, y estaba preparado para ello. No tenía ningún inconveniente en tratar con estos trabajadores araña. Ahora mucha gente era reticente debido al estigma de los sindicatos y las cabezas reducidas; del filtrado de animales. Pero todo había sido un mero accidente. «La culpa no es de esta gente, de estos putos indios», pensó. «Después de todo, yo soy un puto indio, todos en el Valle somos putos indios. Por eso estamos aquí. ¿Y qué demonios es un indio mexicano si no un error? Colón pensó que había desembarcado en algún lugar de la India, y por eso llamó así a los mexicanos. Que le jodan a Colón. Que les jodan a los indios. Yo también soy un indio, ¿no? Pues que me jodan».

Bellacosa salió del viejo Jeep y entró en la propiedad remontando un terraplén de helechos secos. Había postes abatidos por un vendaval y crestas de gallinas cacarizas con los ojos como uvas pasas por todas partes. Aún no le había dicho una palabra a nadie y ya se sentía agotado por el encuentro que estaba a punto de tener. Miró alrededor en busca de la perforadora Rig 7900 —lo que en el mundo de la construcción se conoce como «*La Mano de Chango*» y los estadounidenses llaman «la Garra»—, una máquina empleada para hacer agujeros enormes en el terreno. Localizó al maldito gigante amarillo detrás de él, abatido, con ganas de abrazar el suelo con su única garra mecánica como un borracho sin amigos. Estaba junto a una pequeña caravana verde donde aparentemente vivía el granjero, y a unos treinta centímetros a la izquierda había una alfombra de grano y plumas, paneles unidos con clavos a modo de pequeñas gradas y un abrevadero poco profundo y seco. Supuestamente

era el gallinero, aunque la malla de alambre que debía cercarlo no estaba. Unas marcas en el suelo sediento delimitaban su superficie, de unos ocho por cuatro metros, y sobre las plumas y el grano, haciéndole señas con un sombrero de tela vaquera, estaba el granjero.

—¿Es usted el de la máquina? —gritó el hombre a Bellacosa en su español agudo y cantarín de *campesino*.

—El mismo. ¿Es usted Tranquilino?

—Para servirle. Lo que pasa es que el viento que sopló en mitad de la noche arrancó el tejado y las vallas de mis gallinas. *Mire nomás*. —Tranquilino suspiró—. Aquí el suelo está tan seco que los postes de las esquinas se desprendieron como si fuesen palillos. Mi esposa me despertó porque pensaba que el viento se iba a llevar también nuestra caravanita. Yo tengo el sueño muy profundo porque suelo dormir poco y, cuando me desperté, todo se tambaleaba y las gallinas estaban montando tal escándalo que parecía que las estuviese atacando un coyote, como cuando era chico, y *ayayay*.

Tranquilino señaló con el sombrero una vieja furgoneta negra al otro lado de la propiedad que tenía malla de alambre en lugar de puertas y estaba apuntalada sobre bloques de hormigón bajo un mezquite encorvado como el Ermitaño del Tarot. Quien instalaba la malla era un niño de no más de siete años vestido como un jugador de baloncesto descalzo. Con rasgos firmes y robustos, moreno como el sol, sus pequeñas manos apretaban y retorcían el alambre valiéndose de unos alicates de punta fina.

—Tengo a mi hijo Matador convirtiendo la furgoneta en la que vivía de soltero en un gallinero temporal. Esa *pinche* furgoneta no me ha dado más que problemas. Le estamos dando otra oportunidad con las gallinas. — Tranquilino entornó los ojos como si Bellacosa refractase luz y se puso el sombrero de tela vaquera, ocultando

su calvicie—. Así que solo ha venido a por *La Mano de Chango*, ¿no? Aún funciona bien. La enciendo y la muevo una vez a la semana para evitar que muera. Como ha muerto todo por aquí. Después de que la tierra muriese primero. ¿Sabe? Justo antes de que usted llegara estaba ahí parado pensando en que merezco que haya volado el gallinero. Me ha recordado que fui yo quien dejó morir estas tierras. Ahora no parecen gran cosa, pero es por mi culpa. Yo permití que acabasen así. —Bellacosa miraba a su alrededor escudriñando las tierras mientras escuchaba al granjero y, por un momento, se preguntó si debajo aún correría agua—. Hace un tiempo, el *jefe* McMasters me ordenó que dejase morir los cultivos. Yo no tuve inconveniente. A día de hoy, aún me paga para que cuide de estas tierras. El señor McMasters ya no quería cultivar y distribuir cebollas obtenidas de forma natural porque su empresa las produce ahora mediante filtrado en mucho menos tiempo. Aun así, yo podría haber seguido manteniendo la tierra sin mayor problema. Después de todo, aún vivo aquí. Podría haber encontrado compradores para las cebollas, la gente siempre quiere alimentos de producción ecológica, pero por aquel entonces no me molesté y todo murió. Ahora la tierra se ha echado a perder y ya no crece nada. Así que, cuando mi hijo acabe, todas esas gallinas salgan de en medio y usted se lleve lo que ha venido a buscar, llenaré el depósito del tractor y mi familia y yo le devolveremos la vida a estas tierras. Como debe ser.

Tranquilino le hizo un ademán para que le siguiera. Bellacosa miró el reloj. Aunque no habían pasado ni dos horas desde su último cigarrillo, tenía el estómago vacío. Sacó un Herzegovina Flor y le ofreció otro a Tranquilino.

—*No, gracias* —dijo Tranquilino, señalando una pila de hojas pálidas y ensangrentadas que había en el suelo. Un hilo de sangre espesa parecía brotar lentamente del centro,

como si un ejército de hormigas abandonase su nido de forma ordenada. Apretando el cigarrillo entre los labios, Bellacosa se fijó bien: efectivamente, eran hormigas rojas del tamaño de pipas de girasol marchando en caravana sobre el cadáver de una gallina retorcida que arrastraban lentamente—. Se están llevando a la gallina muerta como los *calaveras del diablo*. Ve, son estas hormigas las culpables de que mi gallinero saliese volando. Escuche —dijo Tranquilino mirando a su alrededor—. ¿Oye ese estruendo? Es la empresa que trabaja ahora para McMasters perforando en busca de algo al otro lado de ese campo de mezquites. Tienen negocios con el Gobierno, creo. Deben de estar buscando gas o petróleo para mejorar la economía. Nos han invadido las hormigas porque las han ahuyentado con las perforaciones. Ahora están por toda la propiedad. ¿Cree que con tanta perforación ya no hay más que un mundo de hormigas debajo de nosotros?

Bellacosa sostenía el cigarrillo entre dos dedos, como si fuese un bolígrafo, e inspeccionaba atentamente la propiedad. Mirase a donde mirase, había venas de hormigas drenando la sangre de la tierra que pisaban. El campo seco donde una vez habían crecido cebollas estaba ahora agrietado, pálido, tísico. A través de su visión periférica le pareció que la tierra se desplazaba, como si una armada invisible la rodease. Le molestaba la seguridad con la que aquellas hormigas transportaban la gallina muerta y, si bien al principio le desconcertó que el granjero no las detuviese, de pronto lo entendió: la muerte estaba a la orden del día.

Bellacosa estaba impaciente por hablar de negocios y dijo:

—Yo no sé nada sobre las costumbres de los ejércitos de hormigas. Entonces, la máquina funciona, ¿no?

—Funciona. ¿Quiere que la encienda para verlo usted mismo?

Tranquilino se montó en la solitaria bestia amarilla y la encendió. Movi6 la garra hidr6ulica de arriba abajo y de un lado al otro, y despu6s la inclin6 como si fuese a darle un bocado al suelo. Bellacosa estaba agradecido y aplaudi6 satisfecho. Cuando Tranquilino se baj6 de la perforadora murmurando algo para sus adentros, Bellacosa se dio cuenta de que el hombre apenas ten6a dientes. Estaba sucio y todo en 6l deb6a de oler a sudor y miseria, pero admiraba su serenidad, que rozaba la indiferencia.

—Voy a hablar con una empresa para que recojan la m6quina ma6ana y llamar6 a la oficina de su *jefe*, el se6or McMasters, para poner en marcha la transacci6n —anunci6 Bellacosa—. La gente que venga a por ella necesitar6 una firma.

—Ah, no, yo nunca firmo nada —dijo Tranquilino, agitando las manos.

—Vale, ya se me ocurrir6 algo.

—Haga lo que tenga que hacer. McMasters y sus hombres vinieron y dejaron esa cosa aqu6 sin m6s. Nadie la utiliza.

Las gallinas, que parec6an estar cl6nicamente muertas, renqueaban de un lado a otro recogiendo guijarros y terrones del suelo. Era como si ya las hubiesen fre6do y digerido y ahora imitasen a las personas a las que hab6an servido de alimento. De vez en cuando, una r6faga de viento las asustaba y aleteaban, y las plumas sal6an disparadas como un nueve de tr6boles o un cinco de corazones en una partida de cartas dada por perdida.

Bellacosa se dio cuenta de que ten6a la u6a del pulgar m6s larga que las dem6s, como los guitarristas. Fruto de su creciente ansiedad, escarb6 bajo la u6a con el dedo 6ndice y luego encendi6 otro Herzegovina Flor. De pronto, Tranquilino le result6 muy familiar, como si hubiesen sido amigos en un sue6o lejano.

—Vaya día de locos —dijo Tranquilino—. ¿Ha oído las noticias? La Policía encontró al *Gordo* Pacheco muerto en México. Se lo comieron sus avestruces. Lo mataron a él y a toda su familia. ¿Se lo puede creer? —Se rio—. El *Gordo* Pacheco, un mal hombre hasta el final, ya sabe. Tenía todos los pájaros que podía desear y acaban matándolo unos avestruces de verdad. Se lo comieron a él y a toda su familia. Un hombre rico, poderoso, el capo del Sindicato Casablanca. Y mire ahora a las hormigas y las gallinas, a los avestruces del *Gordo* Pacheco. Es la tierra encontrando maneras de contraatacar. Por eso necesito seguir cultivando estos campos, para complacer a las leyes de la naturaleza y evitar así que las hormigas vengan a por mi familia. Tengo que contárselo al *jefe* McMasters. —Tranquilino se quitó el sombrero. Lo sostuvo en la mano como si fuese una gran brújula o una bola ocho mágica—. Qué más da que las cebollas ya no sean un negocio rentable, todavía son buenas tierras y tenemos que seguir trabajándolas.

Cuando Bellacosa asimiló la noticia del intocable Pacheco, el hijo de Tranquilino ya había acabado de transformar la furgoneta en un gallinero e iba de un lado a otro atrapando las gallinas cacarizas y amontonándolas en el interior.

A Bellacosa le pareció un poco siniestro y sugirió al granjero y a su hijo que las dejaran en libertad. Tranquilino protestó, argumentando que no podía perder las gallinas que le quedaban.

—Pero si no hay nada en kilómetros a la redonda —replicó Bellacosa—. ¿Adónde pueden ir?

—No importa —contestó Tranquilino—. No puedo perder las gallinas que me quedan. Como ser humano, no puedo perderlas.

Bellacosa, algo consternado, estrechó la mano callosa de Tranquilino y se alejó observando cómo él y su hijo

descalzo y con sudadera de baloncesto agarraban las gallinas por las plumas y las hacinaban en el interior de la furgoneta. Le pareció ver a una rolliza de color púrpura sentada al volante.

Desde el interior del viejo Jeep oyó la bocina de la furgoneta y vio unas plumas aletear hacia el cielo como si fuesen birretes en una ceremonia de graduación. Pero ahora tenía al ejército de hormigas rojas en la cabeza. ¿Qué harán ahí abajo? ¿Cuántas habrá?